

CHARLES BOVARY, MÉDICO RURAL



*Les maris trompés qui ne savent rien savent tout, tout de même.*

MARCEL PROUST, *La Prisonnière*



LAMENTO FÚNEBRE



Quiero que sea sepultada con el vestido de novia, los zapatos blancos y la corona nupcial. El cabello esparcido sobre los hombros. Tres cajas: una de encina, otra de caoba, otra de plomo. Que nadie me diga nada: seré fuerte. Que el féretro sea cubierto con una gran tela de terciopelo verde. Ése es mi deseo. Que así se haga.

Éstas fueron mis disposiciones y así se llevaron a cabo, antes de que... Después, sin embargo, tuve la impresión de que la caja no cesaba de descender cada vez más profundamente hacia el fondo en la tierra. Y de que yo hubiera debido seguirla. ¿Acaso no era aquél mi lugar? La gente estaba a mi lado y era buena. Monsieur Homais me consolaba: un hombre, un amigo tan honesto... Fue él quien veló al lado del abad Bournisien, sin discutir ya, como hacían en el pasado. El cura me ha perdonado por haber dicho en medio de mi dolor: ¡Odio a su dios! Un buen hombre. Gente buena a mi alrededor, madame Tuvache, madame Lefrançois, me expresaban sus condolencias, vino incluso Lheureux, el comerciante y usurero que con engaños se hizo con mis sustancias. No le guardo rencor, bien tenía que recuperar su dinero. *C'était la faute de la fatalité.*

—¿Berthe? Ven, angelito mío, llora cuanto quieras, desahógate. Mamá ya no volverá, llora conmigo, nos hará bien. Llevas las medias rotas, mi pobre pequeña, y rota está también la muñeca que llevas de la mano, y mamá ya no ha de

volver. Ninguna de aquellas buenas personas ha sido capaz de salvarla. Chitón. Lloro y no hablo. Ya sé que tenías miedo. Mamá gritaba que desgarraba el corazón, estaba tan pálida, con la cara empapada de un sudor frío. Los dedos, contraídos; en el cuerpo habían aparecido manchas oscuras. Cálmate, pequeña, todo se ha acabado, ve al jardín, que está asilvestrado porque, sin dinero, ya nadie se ocupa de él. Pero no consigo comprender cómo entre todas aquellas buenas gentes, ni siquiera una haya podido hacer algo por ella. El doctor Canivet, una persona erudita, no encontró ningún remedio. El doctor Larivière, mi maestro, una lumbrera científica, como dice Homais, se hallaba tan impotente como yo, que ni siquiera soy un pequeño destello en medicina. Había depositado tanta confianza en él porque había salvado a tantos... Y cuando llegó, la aparición de un dios no habría producido mayor sensación. Su mirada, más cortante que un bisturí, inmediatamente lo captó todo, en vano clamé: ¡Encuentre cualquier cosa que la salve! Sus manos, bellísimas, apenas se movían. Valor, amigo mío, me dijo, no hay nada que hacer. Y después se fue a comer con Canivet a casa de Homais, mientras ella poco a poco se me moría. Buenas personas, pero incluso ellos, tan sólo seres humanos impotentes ante el destino, como yo, Charles Bovary, médico rural, tan a menudo inhábil ante un enfermo que moría de tos y de fiebre, con el jarabe reseco como una costra en la comisura de los labios. Charles Bovary, médico rural. Yo. ¿Qué podría haber hecho yo, cuando ni las luminarias de la ciencia han logrado impedir el curso del destino? Cuando tomé los polvos de arsénico, no sé cómo hizo para conseguirlos, era ya demasiado tarde. ¿Por qué? ¿Por qué? Se lo he preguntado cuando se agitaba entre estertores, se lo he preguntado una y otra vez: ¿No eras feliz? ¿Es culpa mía? Pero he hecho todo lo que estaba en mis manos. Y Emma se mos-



traba afectuosa a pesar de los dolores. Nadie sabe hasta qué punto. Me acariciaba los cabellos, lentamente, y decía: ¡Sí, es verdad... eres bueno... tú! Hubiese querido correr gritándolo a los cuatro vientos por delante de casa para que todo Yonville lo oyese: ¡*Me amaba!* ¡Y en la agonía con más intensidad que nunca! Debiera habérselo dicho a Homais, que me ha censurado por el dispendio de los funerales. ¡Qué sabrá él! El terciopelo, sostiene, es justamente... Pero ¿es que ha sido *él* quien la amaba? ¿Acaso ella ha sido afectuosa con *él* en la agonía? Todo el pueblo tenía que saberlo, todo el departamento y también debería saberlo mi madre —que nunca tuvo una palabra gentil para ella— que en medio del sudor y los escalofríos Emma me amó. Pero no conviene pregonar el propio dolor y el triunfo propio. No soy un campesino borracho. ¡Soy el doctor Charles Bovary! ¡Qué diablos, un poco de dignidad!, dijo Homais cuando con lágrimas abracé al padre de Emma. Y prometí ser valiente. Y de hecho, lo soy. Ya me he quejado bastante. Ahora debo resolverlo yo mismo. No tengo que fastidiar a la gente con mi desesperación. La gente me apoya, Homais me ha ayudado incluso a elegir la lápida y la inscripción: STA VIATOR! AMABILEM CONJUGEM CALCAS; es un buen latinista. Hace lo que puede, y si se le ve un poco menos no me puedo quejar, está muy ocupado con sus pomadas y pociones. Y además, ¿qué provecho me iba a reportar que todo el Departamento de Sena-Marítimo se reuniera delante de mi casa? ¿Y qué me reportaría de bueno que todas las iglesias de Normandía tocasen las campanas a la vez, o que todas las niñas se reuniesen sobre la tumba vestidas de procesión del Corpus, o que todos los banqueros de Ruan me sepultasen bajo sus luisdors?

Emma, ¿dónde estás? ¿Estás de nuevo en tu cama leyendo las novelas de la biblioteca de Ruan? ¿Estás paseando hacia La Huchette? ¿Has salido a montar a caballo con el compla-

ciente monsieur Rodolphe? ¡Emma! Pero yo te he dicho adiós, adiós, y te he enviado besos a la fosa. Estás muerta, eres un cadáver como los que tenía que diseccionar cuando todavía era un estudiante. Y sin embargo, aún susurra en mi oído el roce de tu amplia falda plisada, el de la seda cuando te quitabas alguno de tus bellos vestidos.

—Dame la manita, Berthe, quiero recoserte las muñecas, mamá ya no va a volver. Durante los últimos tiempos iba a menudo a Ruan, a veces estaba fuera más tiempo del que habíamos acordado, pero después, la Hironnelle, la diligencia, siempre nos la devolvía.

A menudo corría al encuentro del viejo y estridente carruaje, porque estaba siempre intranquilo cuando pasabas demasiado tiempo fuera, por las lecciones de piano de mademoiselle Lempereur o porque hacías recados para casa. En una ocasión no aguanté más y partí yo también, aterrorizado por la posibilidad de que en la gran ciudad te hubiera ocurrido cualquier cosa, y cuando finalmente te encontré en la calle de mademoiselle Lempereur, todavía me acuerdo, era la Rue Renelles-des-Marquiniers, se me paró el corazón de la alegría.

—¿Quién te retuvo ayer aquí? —musité a tu oído, con lágrimas, porque yo lloro con facilidad.

—Me indispuse.

—¿Qué te ha pasado, cómo, dónde?

—En casa de mademoiselle Lempereur.

—¡Ah... lo sabía, justamente estaba yendo para allí...!

—¡Oh, no vale la pena!; acaba de salir. En lo sucesivo, tranquilízate. No me siento libre, entiéndeme, si sé que el mínimo retraso te trastorna de esta manera.

Siempre me he callado, nunca me he rebelado. ¿Cómo hubiese podido? Las lecciones de piano eran su única distracción; todos le decían que había realizado progresos.

Y cuando regresaba agotado, y ella tocaba, yo me relajaba. Apenas escuchaba, pero *veía*. Sus dedos saltaban veloces y graciosos sobre las teclas blancas y negras, parecía que danzaran. Dedos delicados y suaves, y yo no me cansaba nunca de ver cómo danzaban, porque por las mañanas, cuando estaba fuera pasando visita a mis enfermos, sólo veía manos agrietadas, callosas, manos de campesinos, que se contraían cuando los sangraba. Tú también eras una muchacha del campo cuando te tomé conmigo de la granja de tu padre, pero tus dedos eran los de una señora, tu cintura tan elegante como tu paso, silencioso y ágil. Una mujer con clase, me decía entonces Homais, haría buen papel en una capital de provincia. Y no exageraba.

—Tu madre, Berthe, habría destacado en cualquier sitio, en sociedad. Pasó su examen entonces, con ocasión del gran baile del marqués en el castillo de Vaubyessard, donde los *caballeros* la sacaban a bailar el vals. Ahora vete, hijita, déjame solo con ella, luego te sentaré sobre mis rodillas y te achucharé, tu padre te quiere mucho. Tu madre no tenía demasiado tiempo para ti. Adornaba la mesa para la cena, ordenaba sistemáticamente mis gorros de dormir en el armario, nos preparaba platos exquisitos, como no se saborean mejores ni siquiera en París. Por eso estaba cansada tan a menudo. Sufría de jaquecas y tenía malos sueños, tanto que incluso a veces gritaba por las noches. Eran los nervios, y si no encontraba un momento de tranquilidad para jugar contigo o para enseñarte algo, era porque sufría, y de sus sufrimientos yo no entendía nada y las gotas de valeriana que le aconsejé no servían en absoluto. Ve, niña mía, y recuerda que ha sido una *buena* madre, y no des crédito a lo que tal vez un día puedan decirte las arpías, que no tenían más que celos de su gracia y de su elocuencia.